



Asamblea Regional de Murcia

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA MINERA 2008

**PRONUNCIADO POR EL EXCELENTÍSIMO
SEÑOR PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA
REGIONAL DE MURCIA**

D. FRANCISCO CERDRÁN VIDAL.

MARZO DE 2008

Señor cura párroco de Ntra. Sra. del Rosario.

Señor Alcalde de La Unión y miembros de su Corporación Municipal.

Señor Hermano Mayor-Presidente de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros.

Señoras y señores presidentes de las agrupaciones pasionales; señoras y señores.

En medio de esta solemne celebración Eucarística, y como consagra la tradición, procede que sea el pregonero quien pronuncie sus palabras en sustitución de la convencional homilía.

Quiero, en primer lugar, hacerles partícipes de los sentimientos de emoción y de responsabilidad que me invaden desde que, a mediados de noviembre del pasado año, el Alcalde de la localidad, el Hermano Mayor de la Cofradía y la Concejala de Relaciones Institucionales, tuvieron la deferencia de trasladarse a mi despacho en la Asamblea Regional para proponerme que fuera yo el que pregonara este cincuentenario de la advocación del Cristo de los Mineros, la procesión del Santo Entierro, y el XVIII Certamen de Saetas, que constituyen la columna vertebral de la Semana Santa de nuestra querida ciudad.

Aquel día no supe y no quise rechazar el ofrecimiento, pero no les oculto que sentí también, y desde el primer momento, la gran responsabilidad de saber estar hoy a la altura de las circunstancias. La responsabilidad de pregonar algo que es profundamente sentido, querido y vivido por el pueblo de La Unión; la responsabilidad de condensar en unos pocos folios la labor, la inmensa labor, que se realiza a lo largo de todo el año y que tiene su culmen el Jueves y Viernes Santo; la responsabilidad -en suma- de dar cauce a la emoción, a la intensa emoción que todos sentimos al recordar el tiempo de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en la ciudad que me vio, que nos vio, nacer y a la que tan unido me siento personal, familiar y afectivamente.

Para afrontar esta responsabilidad cuento, sin embargo, con mi plena conciencia de ser unionense: yo nací en esta tierra, aquí me bautizaron, aquí pasé los primeros e inolvidables años de vida, tuve mis primeros amigos, cursé mis primeros estudios en el Asilo de las Hermanas Carmelitas y recibí mi Primera Comunión.

Quiero precisarles también que, con tan sólo 9 años de edad, mi familia trasladó residencia a Cartagena, con lo que mis recuerdos de La Unión y su Semana Santa se reducen a un corto periodo de tiempo, tiempo que -por otra parte- queda ya algo lejano en el recuerdo. Y si todo esto es cierto, no lo es menos que son precisamente esos recuerdos de la infancia los que quedan más intensamente impresos en nuestra memoria. Aunque olvide nombres, e incluso se desdibujen rostros de algunas personas de esa época, de la infancia permanece con nosotros, como si fuera grabado a fuego, el recuerdo de momentos vividos, de sensaciones experimentadas. Cobra especial fuerza la memoria de los padres, de los hermanos, (seis de los cuales han tenido el detalle de acompañarme esta noche), del centro docente en el que cursamos los primeros estudios, el Asilo, y de las costumbres y tradiciones locales, de las que hoy procede que signifique su Semana Santa, nuestra Semana Santa.

Con esos recuerdos de la infancia, con lo que me contaron mis padres, y con lo que he ido aprendiendo posteriormente, me corresponde pregonar la inminencia de la Semana Santa 2008 en la ciudad de La Unión, año en el que se conmemora el cincuentenario de la Advocación del Cristo de los Mineros.

He contado para este empeño con la inestimable ayuda de la consulta de la siempre espléndida obra de nuestro admirado y añorado Asensio Sáez, de las precisiones históricas de Francisco José Ródenas y Rogelio Mouzo, y de la consulta también de la numerosa obra promovida por Tomás López Castelo, que, aunque presidente de la Asociación Belenista, tanto hizo también por nuestra Semana Santa.

En base a los recuerdos, las referencias y las conversaciones con los muchos amigos que me precio conservar en La Unión -muchos de los cuales habéis acudido a este sacro recinto- os pregonó la Semana Santa unionense, un acontecimiento que, aunque con distintos altibajos, hunde sus raíces en momentos en los que La Unión todavía no existía como tal, ya que hay constancia de salidas de procesiones desde la desaparecida ermita de El Garbanzal a finales del Siglo XVIII, diputación que, junto con Las Herrerías, Roche y Portmán, darían paso posteriormente, al segregarse de Cartagena, al nacimiento de La Unión.

En esos nueve primeros años de mi vida, en la década de los años cincuenta, La Unión sufre todavía los efectos de la crisis minera que se había iniciado en torno a la 1ª guerra mundial, crisis que originó la

emigración de las dos terceras partes de sus habitantes (de 30.000 a 10.000 almas), así como la demolición de 5.000 edificaciones de todo tipo con el fin de ser reutilizadas como material de derribo.

Pero es también durante esa década cuando se inicia la llamada "segunda edad de oro" de la minería de nuestra sierra gracias al desarrollo de nuevos sistemas de explotación y de lavado del mineral, especialmente de la técnica llamada de "flotación" que, como un aparente milagro de la ciencia, consigue que el plomo flote en el agua. En 1953 comienza el desmonte en la "Cantera Emilia" y paralelamente se inicia la construcción del "Lavadero Roberto", el mayor de Europa. También otras empresas mineras, alguna de las cuales conocí muy bien por razones personales, contribuyeron a ese renacer de la minería. Recuerdo el estridente silbido de la sirena de la Maquinista de Levante a la hora del almuerzo y la inmediata procesión de una legión de obreros, considerados los mejores trabajadores en sus respectivas especialidades. Son los años del tren de vapor entre La Unión y Cartagena, la popular "Chicharra" con asientos de madera y su característico traqueteo.

He realizado esta contextualización histórica porque para mí, como -presumo- para la mayoría de los presentes, no se puede desligar La Unión de la minería, siendo ésta una actividad que tuvo, y sigue teniendo, gran ascendente en nuestros desfiles pasionales.

Ya en ese ámbito, y tras un paréntesis de 20 años, renacen las procesiones de Semana Santa. No oculto mi orgullo al indicarles que fue mi padre una de las personas que rápidamente secundó la iniciativa de Francisco Bernabé Guzmán, abuelo del actual alcalde, de reiniciar los desfiles pasionales. En ese empeño también colaboraron Juan Manuel Barrionuevo y Vicente Plazas, propietario éste del café y del cine Moderno. Fue también inestimable la favorable labor del Alcalde de entonces, Francisco Barrionuevo Sánchez y, como no, del Párroco de Ntra. Sra. del Rosario don José Lozano Herrero. Evidencia el fervor pasionario de mi padre el que adquiriera la imagen de San Juan, en sustitución de la efigie del evangelista que había sido destruida en la contienda civil. Recuerdo perfectamente cómo esa escultura, envuelta en una sábana, se guardaba en mi casa una vez finalizadas las procesiones. Les aseguro que es una de las imágenes que con más nitidez conservo de mi infancia, como también el hecho de que en vísperas de cada Semana Santa, dos personas, cuyas caras no recuerdo, acudieran a mi casa para trasladar el Santo a la parroquia de Ntra. Sra. del Rosario, imagen que devolvían una vez finalizadas las procesiones. Gran alarma produjo en mi familia cuando nos dijeron -debía ser en la procesión del año 1961- que, estando a punto de recogerse la procesión, la imagen cayó al suelo desde la considerable altura que se encontraba en el trono. Todo quedó en un susto, pues tan sólo se le rompió un dedo, que fue rápidamente reparado.

Por esa especial vinculación familiar con San Juan, entenderán que ha supuesto para mí motivo de especial reconocimiento el que este año se me haya nombrado Hermano de Honor de esa

agrupación, y concedido esta insignia de oro luzco emocionado y reconocido.

Acuden a mi memoria también cómo por esos primeros años de mi vida, sólo salía un cortejo a la calle, y era en la mañana del Viernes Santo. Esa procesión, con el tiempo, pasó a llamarse "La General", por concentrar en ella la más completa representación de las Cofradías entonces existentes, que eran los pasos de Jesús Nazareno, Cristo de los Bomberos, Virgen de la Caridad, San Juan y la Virgen de Los Dolores. Cinco pasos con otros tantos tercios de penitentes, sudarios, banda de tambores y cornetas y cinco bandas de música, que con su lento recorrido

-de unas cuatro horas de duración-y salpicado de saetas, se recogía bien entrada la tarde. Era una procesión diurna que yo presenciaba desde la Casa del Piñón y cuya identidad minera quedaba subrayada por la irremplazable presencia del paisaje quebrado de la sierra.

A los pocos años, en 1951, vuelve a salir en la noche del Jueves Santo la Procesión del Silencio, teniendo un marcado carácter penitencial. La encabezaba el sudario y tercio de penitentes alumbrantes, seguidos del trono de Jesús del Prendimiento -que estrenaba túnica en ese primer año-, seguido de una representación de las cofradías de Viernes Santo y, a continuación, el sudario y tercio de penitentes que precedían al trono de la Virgen Dolorosa. Tan sólo dos imágenes, pero en torno a las que se creaba un efecto mágico, o "divino", me atrevería a decir, ya que iban acompañadas del más respetuoso silencio, de la palpitante iluminación de los tronos, toda de cera, del toque contenido del tambor con sordina, el golpeteo de los hachotes y la desbordante fe de los unionenses. A su paso se producía el apagón del alumbrado, tanto público como de las viviendas particulares.

Aunque por entonces sólo contaba siete años de edad, me sobrecogía esa manifestación colectiva de recogimiento y fe de todo un pueblo.

Son esos los recuerdos más intensos que conservo de nuestra Semana Santa durante los años que tuve la dicha de vivir en estas tierras. Pero también permanecen en mi memoria las muchas historias que mi padre me contaba, tal vez, en el paseo diario de la Casa del Piñón, al "Asilo" de las benditas hermanas Carmelitas.

Seguro que era en ese trayecto cuando me hizo referencia a las oscilaciones que han tenido nuestros desfiles pasionales, muy influidos por los avatares económicos, sociales y políticos que los rodearon; de sus periodos de inexistencia -demasiado prolongados en ocasiones-, de que, al principio no había nazarenos, ya que a la procesión no se iba con espíritu de recogimiento y sacrificio sino, más bien, de lucimiento. No había penitentes, sino figurantes, orgullosos actores aclamados por la vistosidad de su porte, ajenos totalmente a la Pasión y muerte de Nuestro Señor, esencia de la Semana Santa.

Permanece también en mi recuerdo la anécdota que me contaron y que pone de manifiesto la gran incardinación de la Semana Santa en la vida local, referida a que en 1917, un alcalde republicano, de un partido marcadamente anticlerical, se manifestara como entusiasta impulsor de las procesiones, redactando -incluso- un edicto al efecto.

Es obligado hacer en este momento referencias a la rivalidad, complementariedad diría yo, con las procesiones de Cartagena. La sana rivalidad entre ambos eventos hizo posible que ya en sus inicios, nuestras procesiones complementaran su escaso carácter devocional con una marcialidad importada de Cartagena, que les concedía tintes de seriedad. La adquisición de imágenes y de tronos, la cesión de vestuarios y el flujo y reflujo continuo de cartageneros y unionenses que no quieren perderse los desfiles de la vecina ciudad, son otra muestra de esa antigua rivalidad, convertida hoy en fructífera complementariedad.

Y si de los cartageneros importamos orden y marcialidad, a ellos estuvimos a punto de incluirles nuestro Cristo de los Mineros en sus desfiles: fue en 1956 cuando mi tío Francisco, Hermano Mayor

de los Californios cartageneros, acordó en extraordinario cabildo la celebración de una nueva procesión, la del "Santísimo Cristo de la fé de los mineros" a la que sería formalmente invitada -como así fue- toda la corporación unionense. Estaba previsto que nuestro Cristo procesionara en las dos ciudades, pero, al final, y por dificultades para el desplazamiento de la imagen, se desistió de la idea. Esto motivó el que los unionenses organizáramos, hace ahora 50 años, una procesión propia, presidida por el Cristo antes "de los bomberos y la Cruz Roja", y desde aquel momento "Cristo de los mineros", con lo que se dio inicio al renacimiento de nuestros desfiles pasionales y a la búsqueda de su propia identidad, la legítima búsqueda de la identidad minera, en un proceso que sigue evolucionando y perfeccionándose hasta nuestros días.

Es precisamente en el año 91, cuando se pone fin a toda actividad extractiva de mineral, cuando renace el llamado "espíritu colectivo unionense", que se plantea la urgente necesidad de recuperar las tradiciones locales, entre ellas la de la Semana Santa y sus desfiles pasionales -suspendidos inexplicablemente durante 25 años- dotándolos, además, de su peculiar identidad minera. Este planteamiento general pronto tiene sus manifestaciones concretas: así, los hachotes van dejando paso a las "lámparas mineras"; en los cortejos se va notando cada vez más la presencia de herramental típico minero; la definitiva irrupción de las saetas, a las que más tarde haré referencia; la imaginería propia en la personalísima Concepción de Paco Conesa -neobarroca y de gesto acentuado hasta el extremo- e incluso la música vernácula: la marcha del Cristo de los Mineros, del maestro Grau Vergara y la recuperada marcha "María" (de 1913).

Podemos afirmar que con estos sucesos, la Semana Santa de La Unión encuentra sus peculiares señas de identidad, recupera también la espiritualidad en ocasiones perdida y da -como consecuencia de lo anterior- serios pasos hacia su definitiva institucionalización. En el año 1993 se instituye el cartel y este

acto del Pregón; es dos años más tarde, con la declaración de interés turístico regional cuando nuestra Semana Santa recibe el respaldo a su definitiva consolidación. Y desde entonces hasta la fecha, la Semana Santa Unionense armoniza emoción, devoción y carácter minero, como tan magníficamente ha sabido captar y representar Paco Conesa en el cartel de este año.

Cuando ya han tenido lugar los previos a la Semana Santa, consistentes en el besapié del Nazareno, la bajada del Cristo y los triduos en honor de las agrupaciones pasionales, permanecemos todos expectantes ante la salida mañana de la primera procesión: la de la Palma del Domingo de Ramos, desde la Parroquia de El Garbanzal.

El jueves, día grande -noche grande- de nuestra Semana Santa, se echará a la calle la procesión del Cristo de los Mineros, con sus cinco tronos a hombros.

Abrirá el cortejo el trono del Nazareno, seguido de la Verónica, San Juan, La Dolorosa y la Caridad; cierra la procesión el titular de la Cofradía, nuestro Cristo de los Mineros. Cada trono irá acompañado de sus correspondientes tercios de penitentes y banda de música, y a lo largo del recorrido, en seis puntos estratégicos, surcarán la noche esos lamentos en forma de cantada oración, que son las tradicionales saetas de nuestros cortejos pasionarios, que rivalizan por ganar el concurso convocado al efecto.

Dieciocho años cumple ya ese certamen, que ha estado desde sus inicios íntimamente unido al Cristo de los Mineros, y cuyo premio toma nombre de la saetera de Cartagena Isabel Díaz "La Levantina".

En la noche del Vienes Santo, tendrá lugar la Procesión del Santo Entierro y en ella participará el trono de la Cruz Vacía, el de María Magdalena, el de San Juan y, cerrando el cortejo, como no podía ser de otra forma, el de la Madre de Dios y Madre Nuestra, la Virgen María en su advocación de la Soledad. Unas imágenes de

extraordinaria belleza que nos hacen revivir intensamente el acontecimiento principal de nuestra vida de cristianos: la entrega de su propia vida, la del hijo de Dios, la del Dios mismo, para salvar a todas sus criaturas.

Una Semana Santa que, como he intentado poner de manifiesto a lo largo de este pregón, tiene su propia personalidad, ha sufrido muchos y distintos avatares, ha rivalizado y complementado las de Cartagena, pero que por encima de todo esto, ha sabido mantener su esencia cristiana de representar y revivir el mayor acto de generosidad jamás habido en la historia del mundo.

Y una vez que podemos afirmar que la Semana Santa de La Unión ha recobrado sus esencias mineras y cristianas, podemos afirmar con orgullo que también tiene garantizada su continuidad; el pueblo así lo ha decidido y con su ayuntamiento al frente, colabora y respalda decididamente la callada labor que realizan a lo largo de todo el año la Cofradía y las distintas agrupaciones.

Pasado, presente y un esperanzador futuro el que se adivina para nuestra Semana Santa con la decisión municipal de ceder un espacio en el que se ubiquen Cofradía y Agrupaciones y que sea el germen de ese museo de la Semana Santa en el que pueda verse y tocarse con las manos todo lo que este pregonero ha intentado transmitirles en su disertación.

Finalizo haciendo más unas palabras de Asensio Sáez referidas a nuestra Semana Santa. Dicen así: "En la liturgia popular de la calle, con el fondo imponente de la Sierra -nuevo Calvario- debió de ser impresionante el gesto del hombre que, acordándose de Dios, una noche al año salía a su encuentro. El minero que presenciaba el paso del Cristo conocería entonces que pasase lo que pasase, él ya no andaría sólo por la vida, y que cuando un día la muerte le impidiera volver al pozo, encontraría vacante un puesto luminoso en la otra Mina eterna, cuyas claridades jamás se apagan". Fin de la cita. Hoy somos todos mineros, y es eso lo que pedimos al Cristo que con tanta devoción procesionamos.

Muchas gracias por su atención.